

RIBADESELLA: Especial de M. Gómez - Santos

MENÉNDEZ PIDAL Y JULIO CASARES VERANEAN EN ASTURIAS

El presidente de la Española prepara un libro sobre el Padre LAS CASAS

RIBADESELLA. (Especial de Marino Gómez - Santos.)— Hemos llegado a un lugar del norte de España donde es necesario quitarse la montera antes de entrar. Hemos llegado, amigos, a Ribadesella. El Hotel Marina tiene un comedor con ventanales a la calle, desde donde se ve a los turistas, que han dejado su coche con remolque a la puerta. Más allá, la cafetería Las Vegas es un alarde de modernismo, en esta ciudad que tiene un encanto finisecular, que Dios quiera que no desaparezca nunca.

Ribadesella goza de tradición veraniega. Hay familias que veranean aquí desde hace varias generaciones.

En la terraza del Café Apolo saludamos a nuestro gran don Fernando Fernández de Córdoba, que descansa de su misión directorial en el Conservatorio de Madrid, y que en el momento actual en que le vemos está firmando autógrafos a unas muchachas universitarias.

En uno de estos hotelitos, con jardín y palmeras, a orillas de la playa de Ribadesella, está una residencia para señoritas que la Organización Sindical ha dispuesto admirablemente para que las productoras veraneen. Vamos a visitarlas a la hora en que vuelven del baño. Son cerca de un centenar de oficinistas, mecanógrafas, empleadas de laboratorios farmacéuticos, que disfrutan en Ribadesella sus vacaciones bajo los cuidados de las muchachas de la Sección Femenina que regentan la residencia.

Una señora mayor, de Zaragoza, nos cuenta las excursiones

que han realizado por la garganta del río Cares hasta los Picos de Europa y la visita anterior a Covadonga. Nos quedamos a almorzar con estas señoritas, que nos obsequian con una fabada descomunal, de las que ha descrito Julio Camba en su "Casa de Lúculo".

El chalet tiene una galería que da a la playa. Parece una residencia particular, y con razón estas señoritas, que al final de las vacaciones tienen que volver a Segovia, Madrid, Palencia, Cádiz, se despiden con tristeza, porque se han prendado de Ribadesella, de su playa y de sus alrededores. Y, por supuesto, de la Residencia de la Sección Femenina, que es como una casa familiar, con simpático y acogedor ambiente.

Tiene Ribadesella un gran tono cultural, que le viene de antiguo, y un grupo de muchachos aficionados a la buena literatura, editores de una revista que ya va por el quinto año de su fundación. Se publica quincenalmente y se llama "Somos". Tiene buen criterio, y está hecha con rigor y con eficacia.

A las cinco de la tarde nos acercamos al valle de Lináres, donde haría falta la pluma minuciosa y preciosista de Pereda para darte, lector amigo, una idea del paisaje frondoso y de la quietud que se disfruta.

En este valle de Lináres hay una casona centenaria, casona de hidalgos, donde vive don Ramón Menéndez Pidal durante el verano, y a la que acude desde su niñez.

Al subir por la escalera de piedra hacia la puerta principal, le veo escribiendo cerca de un balcón, a la derecha. Tiene puesta una visera verde de jugar al ping pong. Le paso recado por una doncellita con aire de madrileña, que aparece con su uniforme negro y brillante y la tilde de una cofia blanca sobre la frente.

No se hace esperar don Ramón, que baja las escaleras deportivamente. Viste un traje claro y el cuello alto, con la corbata anudada, como en Madrid. Su tez está aún más tostada.

—Pase usted aquí, al comedor. Sentémonos.

El comedor está amueblado con sillas de caoba y tresillos tapizados con antiguas telas. Tiene mucha prestancia. En un rincón veo una rueca, que quizá algún día fué usada en esta casa por algún antepasado.

Le digo a don Ramón que bien merece la pena el viaje.

—¡Sí, ya lo creo! ¡Estoy encantado! Además tengo esta carretera, que pasa por aquí delante, que se desvía de la general. Es toda para mí. Paseo por ella por la mañana y por la tarde. No suele haber circulación.

Le pregunto que si se traído trabajo de Madrid.

—Naturalmente. Estoy escribiendo un librito en el que quiero consignar lo que yo pienso sobre el Padre Las Casas.

Charlamos durante un momento todavía. Nos sale a despedir cordialmente, con juveniles ademanes. Luego, desde la carretera, volvemos a verle con la visera verde de jugar al ping pong, inclinado sobre la mesa de trabajo, donde tendrá un rincón de cuartillas.

Pasamos por la playa de La Isla, donde se han construido recientemente unos hoteles particulares con estilo moderno. El que más nos atrae es el de José Matamoros, con ventanales al mar, por un lado, y al monte, por otro. Desde una galería vemos el Suevo.

—Mira: en aquella casa veranea don Julio Casares—nos dice.

Es una casa aislada, en donde el académico trabaja frente al mar.

Ribadesella tiene mucho empaque, el suficiente para que no pierda fácilmente su tono tradicional, que no se adquiere de importación ni pueden inventarlo los arquitectos.

En Madrid hay muchos padres de familia que soportan el invierno subiendo al autobús, trabajando más de lo que permiten los años, sólo por la compensación de venirse con su caña de pescar a Ribadesella, donde encuentran la felicidad antigua, aquella felicidad veraniega de pasarse unas vacaciones descansando.

Pueblo

21 Ago. 1959